

ERWIN MORTIER

CUANDO
LOS DIOSES DUERMEN

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS
DE GOEDELE DE STERCK

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Godenslaap*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2008 by Erwin Mortier
© de la traducción, 2012 by Goedele Maria Joanna De Sterck
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero del Fondo flamenco de las letras (Vlaams Fonds voor de Letteren - www.flemishliterature.be)



En la cubierta, *Die Frau des Künstlers* (1912), de August Macke

ISBN: 978-84-15277-73-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 9147-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Siempre me he estremecido ante el acto de comenzar. Ante la primera palabra, el primer roce. El desasosiego al hilvanar la primera frase y, después de la primera, la segunda. El desasosiego, y la excitación, como si retirase el lienzo bajo el cual se ocultara un cuerpo: dormido, o muerto. Y al mismo tiempo, el deseo, o la ilusión, de transformar la pluma en arado y de labrar la hoja recién escrita hasta dejarla en blanco, atravesando las líneas de tinta, surco tras surco. Volviendo la vista atrás, descubriría entonces un campo pálido, con vestigios sacados a la superficie por el arado: baldes herrumbrosos, trozos de alambre, astillas de hueso, una granada sin estallar, una alianza.

Darí­a casi cualquier cosa por descender a la sima de nuestras historias, por descolgarme hasta sus oscuros pozos, viendo pasar uno a uno los estratos a la luz de un candil. Todo cuanto ha atesorado la tierra: cimientos, barrotes, raíces de árboles, platos soperos, cascos de soldado, esqueletos de animales y personas en un caos calmoso, el remolino solidificado en corteza terrestre que nos ha engullido.

Lo llamaría el libro de las esqui­rlas, de los huesos y las migas, de las hileras de árboles y los muertos a la entrada del sótano, y de la bacanal en la mesa larga. El libro, también, del fango, de la placenta. El fango amorfo, las ciénagas y la matriz.

Agradezco al mundo que siga habiendo marcos de ventana, chambranas de puerta, zócalos, dinteles, y el consuelo del tabaco, y del café solo y de los muslos masculinos, nada más. Llega un día en que somos demasiado viejos para cargar con nosotros mismos hora tras hora de camino a la tumba, para musitar el *Dies irae* en soportales, esquinas y

plazas ante todas esas siluetas que se han despegado de nosotros desde hace tiempo para sumirse en un cenagal en el que se hunden los dedos de los pies. Conforme vamos envejeciendo no vemos ya personas a nuestro alrededor, sino sólo ruinas en movimiento. Los muertos saben encontrar siempre alguna puerta trasera o la ventana de una cocina para entrar a escondidas y atormentar con sus convulsiones la carne más lozana. El ser humano es un colador. Los recuerdos nos ayudan a domar a los muertos hasta que, inmóviles, quedan suspendidos en nuestras neuronas como fetos estrangulados por el cordón umbilical. Junto sus manos y cierro sus ojos, y si se incorporan bajo la sábana lo atribuyo a la acción de las enzimas o de los ácidos sobre sus tendones. La verdadera resurrección está en otra parte.

De pequeña solía sacar de quicio a mi madre cada vez que cometía la imprudencia de contarle mis ensoñaciones. Los límites y las barreras le infundían un respeto sagrado. Desvincular la imaginación de lo terrenal era indicio de un talante frívolo. Para ella, lo peor que un vivo podía hacerle a un muerto era otorgarle el don de la palabra. Los muertos no pueden defenderse de lo que se les pone en la boca. A su juicio, la moneda que los griegos clásicos colocaban bajo la lengua de sus difuntos, a modo de peaje para el barquero encargado de llevarlos al otro lado de la laguna Estigia, servía a otro fin: el precio del silencio. Si los muertos hubieran comenzado a hablar se habrían atragantado en el acto. Según mi madre, no tenían derecho a voz y, por lo tanto, nadie estaba autorizado a ser su boca.

Yo tengo mis dudas, aún hoy. Todo lo que vive y respira es impulsado por una inercia fundamental, y todo lo que está muerto encierra, como una deshonra jamás revelada, las desvanecidas posibilidades de existir.

De haber seguido con vida, mi madre tendría ahora más de cien años. No sería mucho mayor que yo, la hija que trata de no ponerle nada en la boca, ni siquiera una moneda. A decir verdad, ya no pienso tanto en la muerte. Ella ya piensa bastante en mí. Cada mañana, después de cepillarme los dientes, recorro con la lengua toda mi dentadura, orgullosa de no haber perdido todavía ni una sola pieza, mientras leo en braille la mueca de la calavera que se dibuja en mi carne. Eso es suficiente como *memento mori*.

Hay noches en las que el sueño me arranca de sus profundidades como si yo fuese un vestigio más, hasta que despierto por el frío, me arropo bien y me pregunto por qué unas imágenes que a veces datan de decenios atrás se me presentan con tal nitidez que acabo despertándome. Jamás resultan dramáticas. Puede que aparezca la vista de una habitación, un paisaje, la mirada de alguien a quien conocí o un suceso sin mayor relevancia, como aquella mañana de domingo, un día de primavera allá por los años cuarenta, cuando espero la hora de la comida en compañía de mi hija junto al ventanal del cuarto de estar. Miramos afuera, al jardín y a la calle, sembrados de puntos blancos. El viento los arranca de los castaños en la otra orilla del río, se los trae volando a ras del agua y hace que revoloteen sobre el pavimento formando pequeños tornados, como si estuviera nevando. El silencio en las calles aquella mañana, la luz blanquecina, el tedio dominical, el olor a sopa y a asado de ternera, y mi hija que dice: «Pensaba que llovería todos los días».

O me encuentro en la playa, la vasta playa en bajamar, cerca del dique, con los primeros fríos del otoño, uno de esos días en que, al abrigo de la brisa, se puede atrapar el último calor. He sacado a mi marido y a mi hermano—o ellos a mí—a tomar el fresco, a inhalar un aire distinto a ese eterno

tufo a hospital. Se hallan de pie entre los barracones, protegidos del viento, al sol, con la bufanda atada al cuello y el quepis en la cabeza, rodeados por el fulgor plateado de la blanca arena. Bromistas como son, llevan sus medallas prendidas en la chaqueta del pijama. Ahora se ofrecen fuego el uno al otro para encender los cigarrillos que yo les he traído. Se los ve pálidos, y frágiles, bajo esa luz implacable, la luz frontal de septiembre; pero las mejillas las tienen coloradas, encendidas.

La escena revestiría cierto carácter hermético y quedaría para siempre encerrada en sí misma, de no ser porque mi marido—mi futuro marido—me mira de repente a los ojos desde detrás de los dedos de mi hermano cuya mano protege la llama de la cerilla: divertido, travieso, perspicaz, una jocosidad en la que reconozco de inmediato la inteligencia. Mientras tanto, mi hermano espía fijamente a mi marido. Más que leerle el perfil, parece absorberlo con la mirada. De pronto comprendo que hemos estado enamorados del mismo hombre.

Cuando me doy la vuelta no veo mi cuarto, mi silla, mis piernas envueltas en mantas, ni la tabla con la pluma y el papel que descansa sobre mi regazo, sino la playa, la vasta playa en bajamar; el viento que levanta el agua de las pozas creadas por la marea, la fina línea blanca del rompiente, el verde grisáceo de las olas, la parte inferior de las nubes, un vacío que me atrae hacia sí con amabilidad.

—Ya ha venido a buscarme el ángel del tiempo—le comento a Rachida, mi cuidadora, cuando por la mañana me ayuda a salir de la cama. Se lo digo para verla sonreír—. Le conoces, ¿verdad? Podría ser el ángel de la venganza o el ángel de la victoria, pero es también el ángel del sueño y la *Melancolía* de Durero.

—Sí, doña Helena. Sus ángeles son complicados.

Celebro que se ría, que se ría siempre. Todas las mañanas entra con buen humor en mi habitación, me incorpora en la cama y me acomoda los almohadones en la espalda. No corta el pan en cachitos ridículos como la arpía que la sustituye a veces y que permanece sentada en el borde de la cama mientras desayuno, soltando impacientes resoplidos, hasta que se levanta para llenar la bañera y preparar las toallas: la telegrafía de su impaciencia para con mi persona y mi vejez.

También celebro que Rachida trate mi cuerpo con delicadeza cuando me libera del camisón, que retire mis huesudos brazos de las mangas con un gesto tan solícito como rutinario y que haga sufrir lo menos posible a mi cabeza en el curso del diario alumbramiento a través de la angosta apertura de mi camiseta interior; en tanto que la otra, esa estatua de sal, siempre consigue causarme molestias con mis propias extremidades. Estrechándome contra su pecho como una marioneta, me arrastra por el suelo hasta el cuarto de baño, donde me suelta sobre el retrete. Mientras yo me vacío hasta la última gota, ella sacude las sábanas, corre las cortinas y revuelve las perchas del armario como si estuviera saqueando los tesoros de Roma. Líbrenos Dios de la plaga de los vikingos.

—Se llama Christine—me señala Rachida vacilante, aunque sin renunciar a su sonrisa.

La mayoría de las imágenes que me visitan en el duermevela son antiguas, pero claras como espejismos. Jamás han sido mitigadas del todo por el lenguaje, que en la juventud aún no ha erosionado a fondo los cauces del pensamiento de nuestro espíritu. Son las imágenes más puras, las que encarnan las preguntas por las cuales me dejaba colmar en mí

infancia y que ahora vuelven a ocuparme, como si algún día el círculo fuera a cerrarse.

No son recuerdos propiamente dichos, porque no hago nada por recordar, me sobrevienen, a menos que la naturaleza del recuerdo cambie con el paso de los años. A veces, cuando estoy dormitando, el eco de mi respiración parece resucitar en torno a mí sensaciones acústicas pasadas. Las habitaciones que permanecían apiladas pared con pared entre los bastidores del olvido me envuelven de nuevo. Las tejas se van encajando en las alfarjías hasta formar una piel de escamas de barro. Los ladrillos acaban recomponiendo viejas estructuras. Bajo mis pies, los suelos recuperan su firmeza, y el sonido hueco de mis pasos devuelve a los pasillos y galerías sus bóvedas y nichos. Asombrada, por no decir perpleja, me aventuro en esas cavernas maleables, como si me hubiera extraviado en una cueva cubierta de pinturas que cobrasen vida a la trémula luz de una vela.

De joven me preguntaba de dónde venía el tiempo, quería saber si era una sustancia como el agua o el éter, que se pudiera captar y almacenar o extraer del interior de las cosas, del mismo modo que, en el mes de junio, mi madre vertía racimos de grosellas en una muselina para exprimir el zumo. También quería saber por qué yo era yo, y no otra persona, en otro lugar y en otro tiempo, o incluso en el mismo tiempo y en el mismo lugar, alguien que viviera mi vida, con mis familiares y mis compañeras de clase, sin ser yo.

«Pues serías tu propio hermano o hermana», me contestaba mi madre a secas. Para ella, todo era evidente. Sin embargo, también en su vida el tiempo debió de volverse cada vez menos homogéneo conforme iba envejeciendo, con días que brotaban como ramas y se duplicaban por dentro; minutos en los cuales se condensaban decenas de historias, y otros tantos desenlaces o finales abiertos. Harían falta siglos, y varias universidades, para desentrañar las

conversaciones que mi madre y yo mantuvimos en mi infancia, para poner al descubierto todos los matices y connotaciones que vibraban a través de ellas, las presunciones escondidas tras las palabras, aquello que ocultábamos o dábamos por descontado, y tantas esencias fugaces, tantos sentimientos jamás expresados de miedo, preocupación, rencor y, ¿por qué no?, amor que viajaban a modo de polizones en el vientre de los vocablos que intercambiábamos.

Durante largo tiempo me he preguntado por qué mi madre aparece tan distante cuando visita mis sueños, por qué su voz es lo único que se me antoja cercano y directo. «¡Las tijeras, Helena!» me grita, desde una lejanía tan larga y angosta como un pasadizo subterráneo. En cambio, mi padre, sentado a la mesa del desayuno, que pudiera ser la de nuestra casa de verano, con la apacible luz de una mañana sin nubes rociándole la espalda a través de la ventana del mirador, puede llegar a estar tan presente que casi podría tocarlo.

Se sirve un poco más de café o lee el periódico junto a su plato. El reflejo de los rayos del sol hace desfilan ondulantes frescos por las paredes.

Mi padre se dirige a mí sin alzar la vista. A diferencia de mi madre, articula frases completas, aunque habla demasiado deprisa, o demasiado bajo, demasiado entre dientes, o se sirve de un idioma que suena a eslavo, arrastrando mucho aire entre la lengua y el paladar. Le oigo levantar arcos de tensión, insertar pausas, redondear las oraciones con tal esmero que casi siento envidia por la fluidez con la que domina lo indecible. Si guardara silencio o soltara sandeces ininteligibles quizá no me despertaría tan desconcertada.

Le veo ante mí en su plenitud, con sus peculiaridades y sus costumbres, sus manías, su encanto, como si la tierra con-

vocara todos sus estratos y sus frutos para reconstituir la materia de la que él estuvo hecho y lo recompusiera ante mí, desayunando, o en el mar con el agua a la altura de las rodillas, un día de vacaciones, tiempo atrás. Oigo la música de la playa, las voces femeninas, el alboroto de los niños, los gritos de los vendedores ambulantes y el resuello de los caballos que tiran de las casetas de baño hasta alcanzar las olas; y desde ese paisaje sonoro me llega un intenso frío que me salpica las espinillas, un acre sabor a agua de mar, y el brazo de mi padre rodea mi vientre y me levanta, rumbo a la cercanía de su cuerpo.

En cuanto el agua de mar se evapora de su traje de baño, la sal vuelve la tela áspera y saca a relucir el olor de su cuerpo, penetrante a la vez que sensual. Si me aprieto con fuerza contra su pecho, fuera del alcance de la brisa marina, con la cabeza apoyada en su hombro y la mano sobre sus costillas, logro sumergirme por completo en su fragancia, envolviéndome en una pequeña atmósfera privada. Huelo su piel, los sudorosos cabellos en su nuca, su sexo y, cuando le oigo inspirar, su cuerpo se transforma en la caja de resonancia donde la vida ha resonado como en ninguna otra parte, porque él es él y yo soy yo.

Hay personas cuya existencia encarna un tono rayano en la pureza o, mejor dicho, existencias que pueden ser interpretadas con la sonoridad de un Stradivarius, vidas que entrañan el misterio de lo que significa estar llamado a ser hombre, y hay otras que nunca llegarán a emitir mucho más que los estridentes silbidos de un niño sin oído musical tocando la más barata de las flautas dulces. Mi padre no era ningún Stradivarius, pero tampoco una flauta dulce. Cada vez más a menudo pienso que se me revelaría un universo aún sin leer si pudiera poblar el flujo de sus monólogos con los entrecortados tesoros léxicos de mi madre, las balbuceantes historias de él con los cantos rodados del lenguaje de ella.